

LOS INTELLECTUALES Y EL COMPROMISO

Setenta años después, el fantasma de la Guerra Civil Española permanece en movimiento. Esto es por lo menos lo que parece indicar la inmensa proliferación de todo tipo de actividades que tienen como objetivo el recordar, analizar, contar, o difundir todo tipo de cuestiones políticas, históricas e ideológicas que tienen como eje fundamental a la que fue denominada como el prólogo de la Segunda Guerra Mundial.

(*) **pablo ney ferreira**

Prácticamente no hay sitio de España en el que aún hoy no se escuche el intenso latir de las repercusiones y consecuencias de la Guerra Civil. Tertulias radiofónicas, programas de televisión, actos académicos, actos partidarios, presentación de libros e investigaciones, conversaciones de café, todo esta plagado de menciones a personajes, episodios, actitudes, que tienen que ver con un pasado lejano que los españoles no son capaces de olvidar.

Franco no ha muerto. Es muy difícil conversar con un español de cualquier tema que tenga que ver con política durante veinte minutos -sin importar su ideología- sin que mencione al famoso dictador en varias ocasiones, ya sea para denostarlo o para expresar una nostalgia que es visible en numerosos sectores que no necesariamente son los cientos de grupos, grupúsculos, partidos, etc. que se sitúan ideológicamente en una extrema derecha, muy dividida pero muy activa, sino que pertenecen a sectores sociales que son muy difíciles de enmarcar con precisión dada su amplitud. Simplemente para mencionar un detalle curioso, vale destacar que todos estos grupúsculos neonazis no están integrados mayormente por nonagenarios nostálgicos de la feliz época del "caudillo", sino que muy por el contrario se trata de agrupaciones mayormente juveniles. La extrema derecha es muy seductora para un amplio número de jóvenes españoles.

Este "revival" también incluye como no podría ser de otra manera a los intelectuales, y las discusiones sobre el rol de los mismos durante la Guerra Civil está particularmente de moda. Así, el cruce de artículos en revistas, prensa, tertulias, esgrimiendo acusaciones sobre la fidelidad de éste o de aquel intelectual a éste o a aquel bando son particularmente interesantes. Las acusaciones acerca del pasado muchas veces enturbian los más increíbles debates y los transforman en diálogos revisionistas que poco aportan al debate público.

Es por todos sabido que muchos de los intelectuales más famosos de la época acudieron a la cita bélica hispana o sin lugar a dudas tomaron partido, al menos por escrito o en sendos discursos, a favor de alguno de los bandos. Pocos le fueron indiferentes.

Normalmente conocemos con precisión las actitudes de los intelectuales extranjeros, quienes acudieron a sumarse a las filas republicana o franquista, o cubrieron las hojas de los periódicos del mundo con artículos que o respaldaban la cruzada fascista, o respaldaban la institucionalidad republicana con todos los matices que se quiera imaginar dentro de cada bando.

Pero lo que curiosamente sabemos menos, es la actitud que los propios intelectuales espa-

ñoles asumieron frente al conflicto. Hoy en día, el cruce de cartas en los periódicos o las denuncias en los programas de televisión o radio, sumado, claro está, al constante debate que ha generado la propuesta de ley de "Memoria Histórica", ha provocado que el tema se haya convertido en una obsesión de la actividad pública hispana. Es precisamente debido a esto que examinaremos en esta nota la actitud que los intelectuales españoles tuvieron frente al alzamiento encabezado por el general Francisco Franco.

El 30 de julio de 1936 un grupo de destacados intelectuales españoles suscribió un manifiesto de adhesión a la República. La declaración, sorprendentemente escueta, rezaba así: "Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por su libertades". Entre los firmantes se encontraban Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset.

Esta fecha coincide perfectamente con la de una suerte de depuración que las fuerzas del Frente Popular estaban llevando a cabo entre los integrantes de la Academia Española de la Lengua; estos cambios fueron de gran relevancia, pero a las fuerzas gubernamentales les parecían aún bastante tímidos. A modo de ejemplo cabe citar el fusilamiento de Ramiro de Maetzu y Pedro Muñoz Seca, ejecutados por los republicanos en 1936.

PARA TODOS LOS GUSTOS

Lo cierto es que la posición de los intelectuales fue un tanto caótica: los hubo firmes y determinados en ambas fracciones, hábiles oportunistas, y hasta también ejemplos de sorprendentes cambios de bando. Veamos algunos casos. El de Jacinto Benavente, por ejemplo, que comenzó la guerra del lado de los republicanos y se pasó a la España franquista ni bien pudo; o el de Azorín, que mostró su adhesión al franquismo desde el principio; o Pío Baroja, que abandonó el país al comienzo del conflicto y retornaría una vez terminado; Ramón Menéndez Pidal, que abandonó España gracias a las gestiones del gobierno republicano y volvió poco después de terminar la guerra para retomar su puesto de presidente de la Academia Española.

El caso de Miguel de Unamuno es más complejo y bastante más conocido. Su posición era claramente afecta al gobierno republicano hasta el punto de ser nombrado Ciudadano de Honor

de la República. No obstante, cabe destacar que el ilustre intelectual salmantino fue poseído poco a poco por un casi militante desengaño. El mismo llega a tal punto que en la Plaza Mayor de Salamanca, ataviado prolijamente de negro -como siempre- se le ve aplaudiendo el propio 18 de julio a los soldados que declaran el estado de guerra y realiza feroces comentarios sobre los defensores de la República.

Sorprendentemente, también es cierto que meses después, en la inauguración del curso académico de octubre de 1936, Unamuno se enfrentó al general Millán de Astray y a sus gritos de "¡Viva la Muerte!" y "¡Muera la inteligencia!" con un breve discurso improvisado que pasaría a la historia y que no evitaré reproducir: "Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de ¡Viva la Muerte!. Esto me suena lo mismo que ¡Muera la Vida! Y yo... he de decirlos con autoridad en la materia que esta ridícula paradoja me parece repelente... Éste es el templo de la inteligencia. Yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto... Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis porque convencer significa persuadir.

El atractivo que sobre los intelectuales ejercen las ideologías cerradas, las utopías paternalistas y tutoriales, ilumina la historia del pensamiento político desde Platón hasta nuestros días

Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedirlos que penséis en España. He dicho".

Presidía el acto Carmen Polo de Franco, que le ofreció su brazo para salir de la Universidad. Es probable que este gesto salvara la vida de Unamuno, quien rodeado de vociferantes falangistas brazo en alto se retiró con la mayor tranquilidad. El viejo profesor salmantino murió poco después, el 31 de diciembre de 1936, cuando aún gozaba de arresto domiciliario.

Resulta bastante más consecuente el ejemplo de Antonio Machado. Ante la muerte de García Lorca escribe, casi inmediatamente, su famoso poema "El crimen fue en Granada": "Se le vio caminar entre fusiles, / por una calle larga / salir al campo frío, / aún con estrellas, de la madrugada. / Mataron a Federico / cuando la luz asomaba". O estos versos cuando los primeros ataques franquistas a Madrid: "¡Madrid, Madrid! ¡Que bien tu nombre suena, / rompeolas de todas las Españas! / La tierra se desgarró, el cielo truena, / tu sonríes con plomo en las entrañas".

Machado se trasladó a Valencia, desde donde escribió en defensa de su España y rechazó una invitación -en plena guerra- a enseñar literatura española en Inglaterra. En su firme evolución personal el socialismo era "la gran esperanza humana ineludible en nuestros días". En

1938 se va a Barcelona, para refugiarse al año siguiente en Francia con su madre. Ambos muy enfermos, son acogidos en un hotelito de Collioure. Allí, el 22 de febrero del 39, muere el poeta, el hombre que nunca dejó de ser consecuente con sus ideas. Tres días después fallece su madre. Es curioso, aunque no es el único caso, que su hermano Manuel Machado se adhirió inmediatamente a la sublevación militar apoyándola con entusiasmo en sus nuevas obras.

CON LA REPÚBLICA

Mientras tanto, intelectuales como Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala se aglutinaron, como ya vimos, en torno a la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República que culminó decantándose hacia la aceptación de los vencedores de la contienda bélica. Los tres escritores antedichos vivieron en el exilio hasta su vuelta a España en la posguerra. Marañón se integró totalmente en la vida intelectual del país; Pérez de Ayala, embajador de la República en Londres, terminó colaborando con el periódico monárquico ABC; en tanto, Ortega y Gasset fue aceptado con beneplácito por el gobierno de Franco.

Ante estos ejemplos, también hay que destacar figuras como la de Alberti o Miguel Hernández, quienes permanecieron hasta el fin, inmovibles frente al avance franquista. Incluso Miguel Hernández murió tres años luego de finalizar la guerra, dentro de las mazmorras de Franco.

Una curiosa anécdota cuenta que durante los primeros meses de la guerra, las distintas formaciones políticas del Frente Popular habían constituido milicias que detenían y fusilaban a los sospechosos de estar en su contra.

Juan Ramón Jiménez se encontraba en Madrid cuando fue detenido por unos milicianos que pretendían darle "el paseo", antesala segura de una ejecución sumaria. En esta ocasión, si quiera lo buscaban a él sino a un hombre de nombre parecido al suyo, un tal Ramón Jiménez. El poeta insistió en que se habían equivocado de persona. Tras dudas, vacilaciones y vanos intentos de explicarse de Juan Ramón, unos de los milicianos le indicó que abriese la boca, le introdujo los dedos dentro y volviéndose a sus compañeros les dijo: "¡Vámonos, que el que buscamos tiene la dentadura postiza y éste la tiene muy bien!"

Sería ese detalle el que salvaría finalmente al poeta y el que también le impulsaría a abandonar la España del Frente Popular, pese a haber firmado un manifiesto de adhesión al gobierno republicano, manifiesto que no pocos repudiaron un vez que lograron huir al extranjero.

Como puede verse, la actitud que los intelectuales "comprometidos" asumieron durante y después de finalizada la Guerra Civil Española es de lo más variopinta. Los hay para todos los gustos y en todas las circunstancias. Es que su papel siempre ha sido así, no se trata éste de un caso particular. El atractivo que sobre los intelectuales ejercen las ideologías cerradas, los pensamientos circulares que cierran sin fisuras, la perfección social, las utopías paternalistas y tutoriales, iluminan la historia del pensamiento político desde Platón, hasta nuestros días.

Normalmente se les ha visto embelleciendo las cortes de reyes o tiranos, asesorando a profetas iluminados que hablan en nombre del pueblo o integrando séquitos aristocráticos que poco o nada tenían que ver con el sentir popular. Eso sí, siempre "comprometidos".

La historia nos muestra que los intelectuales se equivocan demasiado a menudo y si, como se dice por ahí, la política es algo demasiado serio como para encargársela solamente a los políticos, agregó: y menos aún a los intelectuales.

Lo siento querido Platón, esta vez no coincidimos.

candidato a doctor en ciencia política
universidad complutense de madrid